

En la actualidad, la hermenéutica filosófica señala que ya no se trata de preguntar por la "esencia" de una verdad ni por su sentido único e inmutable, sino por el significado de un texto –el texto de la vida– para el sujeto-intérprete situado en un momento determinado de la historia. El problema de la comprensión es algo existencial. En este sentido, la hermenéutica teológica enfatiza en que tal comprensión tiene que ver con el acontecimiento de la Palabra en la vida de hombres y mujeres concretos.

Sin embargo, como no existe una única comprensión, tampoco existe una sola hermenéutica. En las últimas décadas hemos sido testigos de la plurivocidad con la cual se piensa y se hace teología hermenéutica en su intento de responder a los problemas que le preocupan.

La novedad de *El arte de interpretar en teología: compendio de hermenéutica teológica* radica en que, por primera vez, se identifican en una sola obra los modos interpretativos más relevantes en el quehacer teológico actual: las hermenéuticas de la revelación, la correlación, la realidad histórica y la acción; además, las hermenéuticas narrativa, anamnética, sapiencial, analógica, liberadora, crítica feminista, empírica y diatópica. También da cuenta de la manera como opera cada una, atendiendo a sus principios e intención. Sin duda, este libro será de gran utilidad para investigadores, teólogos en formación y personas interesadas en el tema.

ISBN: 978-958-781-097-4



9 789587 810974



El arte de interpretar en teología. Compendio de hermenéutica teológica

JOSÉ LUIS MEZA RUEDA

Director



EL ARTE DE INTERPRETAR EN TEOLOGÍA

Compendio de hermenéutica teológica



EL ARTE DE INTERPRETAR EN TEOLOGÍA
Compendio de hermenéutica teológica

José Luis Meza Rueda, director

Alberto Parra Mora, S. J.

Olyani Sánchez Hernández

José María Siciliani Barraza

José Vicente Vergara Hoyos

José Orlando Reyes Fonseca

Gabriel Alfonso Suárez Medina

Juan Manuel Torres Serrano

Oscar Albeiro Arango Alzate

Luis Alfredo Escalante Molina, S. D. S.

Olga Consuelo Vélez Caro

Daniel Garavito Villarreal

Hans de Wit



Reservados todos los derechos
© Pontificia Universidad Javeriana
© Facultad de Teología

Colección Teología Hoy
No. 78

Primera edición:
Bogotá, D.C., abril de 2017
ISBN: 978-958-781-097-4
Impreso y hecho en Colombia

Decano de Facultad
Luis Guillermo Sarasa, S.J.

Director y Editor jefe
Juan Alberto Casas R.

Edición
Martha Luz Ospina B.

Facultad de Teología
Oficina de Publicaciones
Carrera 5 No. 39-00
Edificio Pedro Arrupe, S.J.
Bogotá, D.C.

Diseño y diagramación
Xiomara León R.

Impresión
Javegraf

*A las teólogas y teólogos de América Latina
comprometidos con esas comunidades
que esperan y luchan por otro mundo posible.*

*En memoria de María Teresa Camacho († 2016),
apasionada de Jesús, el Cristo.*

Parra Mora, Alberto, S.J., 1935-, autor.

El arte de interpretar en teología : compendio de hermenéutica teológica /
Alberto Parra Mora, S. J. y [otros once] ; director José Luis Meza Rueda.

-- 1a ed. -- Bogotá : Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Teología, 2017.
-- (Colección Teología Hoy No.78).

416 páginas ; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas (páginas 377-415)

ISBN : 978-958-781-097-4

1. HERMENÉUTICA TEOLÓGICA. 2. INVESTIGACIÓN EN TEOLOGÍA. 3. METODOLOGÍA
EN TEOLOGÍA. 4. TEOLOGÍA FILOSÓFICA. I. Meza-Rueda, José Luis, director. II. Pontificia
Universidad Javeriana. Facultad de Teología.

CDD 210 edición 21

Catalogación en la publicación - Pontificia Universidad Javeriana.
Biblioteca Alfonso Borrero Cabal, S.J.

inp.

20/04 /2017

Capítulo 4

HERMENÉUTICA ANAMNÉTICA

Hacer memoria de la pasión y muerte de las víctimas de ayer y hoy

José Vicente Vergara Hoyos*

"Entre las peculiaridades más dignas de mención del temple humano", dice Lotz, "cuenta, a más de tanto egoísmo particular, la general falta de envidia del presente respecto a su futuro". Esta reflexión nos lleva a pensar que la imagen de felicidad que albergamos se halla enteramente teñida por el tiempo en el que de una vez por todas nos ha relegado el decurso de nuestra existencia. La felicidad que podría despertar nuestra envidia existe solo en el aire que hemos respirado, entre los hombres con los que hubiésemos podido hablar, entre las mujeres que hubiesen podido entregársenos. Con otras palabras, en la representación de felicidad vibra inalienablemente la de redención. Y lo mismo ocurre con la representación de pasado, del cual hace la historia asunto suyo. El pasado lleva consigo un índice temporal mediante el cual queda remitido a la redención.¹

En este capítulo intentamos hacer un acercamiento a la hermenéutica anamnética directamente relacionada con la teología. Como bien sabemos, la hermenéutica es el acto de la interpretación y, en el caso que pretendo exponer, esa interpretación sigue el orden de lo alegórico, anagógico y semántico, más que el orden lexicográfico y propiamente exegético. Más aún, encontramos una adjetivación particular a este acto, el cual se corresponde con el término *anamnesis* o memoria.

Entendemos este último como la capacidad de recordar los hechos, los sucesos, la existencia, la narrativa propia, tarea que va más

* Doctor y Magister en Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá; Licenciado en Filosofía, Universidad Minuto de Dios, Bogotá. Profesor Asociado de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana. Correo electrónico: joviver@javeriana.edu.co

¹ Benjamín, "Tesis de filosofía de la historia", 178.

allá del recuerdo archivado en nuestra mente, del dato contenido en un medio magnético o del dato registrado en los anales históricos en cuanto dato historiográfico o cronológico. Sin embargo, al mirar la conexión con lo teológico, puede afirmarse que la conexión con lo anamnético se corresponde con la memoria de la tradición bíblica, con la revelación ahí inscrita, con la pasión y el misterio pascual de Cristo.

Si bien este escrito no presenta paso a paso una fundamentación que intente demostrar lo propio de esta hermenéutica, sí propone una problematización para la comprensión de los orígenes por los cuales conviene plantearse la razón de una hermenéutica en tales términos. En ese sentido revisa brevemente los aspectos filosóficos y teológicos en los que encontramos nuestra dificultad para develar las situaciones que oscurecen nuestra comprensión de la historia y el sentido de lo humano en ella.

Para revisar esta perspectiva proponemos cuatro momentos. En el primero se analiza, desde lo propio de la hermenéutica anamnética, una racionalidad de la disolución de la "idea de hombre", para acercarse a una memoria de él, a los rasgos propios de una hermenéutica teológica de la anamnesis. En el segundo se observa cómo opera la hermenéutica anamnética, cuyo punto de partida es la riqueza de la tradición bíblica. El tercero se centra en la anamnesis de Cristo, la esperanza de un futuro abierto. Por último, se revisa los desafíos del quehacer teológico anamnético en nuestro contexto. Miremos, entonces, cada uno de ellos, en particular.

LO PROPIO DE LA HERMENÉUTICA ANAMNÉTICA

Antes de abordar este asunto haremos un recorrido por dos problemas de los cuales emerge la necesidad de pensar en esta perspectiva hermenéutica. En primer lugar, el problema de una racionalidad de la disolución de la "idea de hombre" y, en segundo lugar, los rasgos propios de la memoria sobre él, en especial, de una hermenéutica teológica de la anamnesis.

La racionalidad de la disolución de la "idea de hombre"

Que la Modernidad se constituyó en el símbolo exclusivo de lo novedoso, del punto de realización humana y del alcance pleno de la universalidad es un logro que muchos consideran innegable. No

obstante, que a partir de la Ilustración se superó el oscurantismo con el cual comúnmente se caracterizó a la Edad Media es un decir. Aunque tales cuestiones siguen siendo problemáticas, miremos por qué reflejan una honda contradicción en lo que pretendieron en su origen.

Primero hay que afirmar que a partir de la racionalidad moderna se funda un concepto de historia universal en tanto totalidad de los acontecimientos humanos. Desde ella se pretende unificar una concepción cronológica del tiempo en la que todos los pueblos y naciones transitan de manera lineal y simultánea bajo un nuevo orden de progreso y novedad. Esta novedad de lo moderno, lo actual, rompe con la conexión del pasado. De esta manera, la racionalidad moderna interpreta al hombre como un ser gobernado por su razón, un ser siempre en el presente, lanzado horizontalmente al futuro. Como consecuencia, el pensar ha de avanzar desligado de la tradición, pues ella procede del pasado.

Frente a este rompimiento, tanto Benjamín (al mostrar la imagen de un futuro que "solo existe en el aire") como Horkheimer (al decir que "las esperanzas de la humanidad parecen hoy mucho más alejadas de su cumplimiento de lo que pudieran estarlo incluso en las épocas de tanteos inseguros en los que fueron formuladas por vez primera por los humanistas"²) reflejan que no ha sido suficiente la ampliación del horizonte del pensamiento a partir de una racionalidad —en términos de desarrollo científico-técnico— de una proclama de la autonomía y libertad del individuo. Sobre estos postulados se imaginó el devenir de la Modernidad, devenir de un progreso que entreteje la idea de un futuro feliz, ya que también esta racionalidad concluye en un proceso deshumanizador. Como reafirma Horkheimer: "El progreso amenaza con destruir el objetivo que estaba llamado a realizar: la idea de hombre"³.

Se evidencia en la crítica a esta racionalidad científico-técnica que, entre sus tareas fundamentales, se halla un proceso desmitificador del mundo y transformador de la historia humana, una proclama de la muerte de Dios y una descripción unitaria de la historia en cuanto conexión lineal entre presente y futuro. En esta idea de *fin* de la historia,

² Horkheimer, *Crítica de la razón instrumental*, 43.

³ *Ibid.*, 44.

por ejemplo, se asume la imagen de un ser humano que pilotea la gran nave del mundo hacia el futuro, un progreso timoneado por un control racional del que no escapa el destino, el sufrimiento, ni la fatalidad de la existencia, y mucho menos el hambre y la injusticia.

Este discurso racionalista moderno –bajo el cual se construyó, se predicó y se proclamó el horizonte de la sociedad– hace alarde de sus verdades que legitiman lo existente como lo presente y deslegitiman lo pasado. Todo ello, mientras desplaza los problemas que había cultivado la filosofía y la religión, como parte de su competencia, pues ella podría resolverlos o declararlos absurdos⁴. Para M. Horkheimer es claro que de la búsqueda del sentido emprendida desde antiguo por la filosofía y la religión se ocuparía ahora la racionalidad moderna. De ella se espera, igualmente –como afirmó Kant– un proceso auténtico de ilustración respecto de la inmadurez envolvente en la que habita el ser humano.

Se presupuestó que, en este uso crítico y público de la razón, el hombre se liberaría de la tutela y dependencia de las formas tradicionales del poder dominante⁵. Sin embargo –como afirma Metz–, “ahora nos creemos ya felices”⁶; sin embargo, de lo esperado y logrado encontramos que no se relaciona la Ilustración con el logro de una felicidad por venir, pues los síntomas de esta postración del hombre se reflejan en el desinterés por ser sujeto, en el empobrecimiento del lenguaje, en la pérdida del sentido de la realidad –son tiempos de simulación–, en la ausencia del sentido político, en el adiós a la historia y en el olvido de sí. En tal sentido, dicha racionalidad haría su mayor aporte en el desarrollo de la ciencia y de la técnica⁷, pero que a su vez es pobre en la contribución de redención del hombre marginado y excluido.

Una racionalidad que en sus inicios proclama los grandes metarrelatos de igualdad, fraternidad y libertad, las tres categorías claves bajo las que se interpreta y se pretende ampliar un sentido universal del hombre de la nueva época, se queda en los límites de lo particular eurocéntrico. No sin razón se afirma que ha resultado “una Ilustración que supo poner en circulación conceptos como razón, libertad, igualdad,

⁴ Mate, *Memoria de Occidente*, 32-33.

⁵ Fernández del Riesgo, *En torno a la posmodernidad*, 82.

⁶ Metz, *Por una cultura de la memoria*.

⁷ *Ibid.*, 161.

siempre con pretensiones de universalidad, pero que ahora los disuelve con un ¡sálvese quien pueda!”⁸.

Esta racionalidad moderna propende por un orden social nuevo, resultado de la madurez del hombre ilustrado, pero esto mismo trae consigo un debilitamiento social y una disolución de la idea del hombre. Esta racionalidad no soporta un ser distinto con identidad propia, inmerso en su tradición, su cultura, religión y exclusiva historicidad. No ha de extrañarnos, entonces, que el resultado de la barbarie y catástrofe de las guerras mundiales se centre en borrar de la historia “universal” a quienes no se suman a la idea de un solo relato de humanidad, por lo cual son excluidos y marginados de la historia quienes no caben en este metarrelato.

De esta manera, negar lo diverso que somos, aceptar que creemos y construimos el mundo desde una concepción unificada, se convierte para esta lógica racional en un problema temporal, pues la idea del hombre de la lógica racional moderna no se concreta en la temporalización de los sujetos. Es decir, esta interpretación ideal del hombre moderno se desliga –como plantea Heidegger– de la existencia misma y de la situación contextual del ser.

De ahí que se entienda la fenomenología como volver al estar-ahí, a la historicidad, a la apropiación de la existencia, el estar presente en sus vivencias, en sus experiencias cotidianas en cuanto captación de sí mismo en el tiempo; no a partir de cronometrar un tiempo restringido al calendario o al movimiento de las manecillas del reloj. Igualmente, pero en una orilla distinta –afirma Benjamín en su segunda tesis–, “la felicidad que podría despertar nuestra envidia existe solo en el aire que hemos respirado, entre los hombres con los que hubiésemos podido hablar, entre las mujeres que hubiesen podido entregársenos”⁹.

En este develamiento que hacen Heidegger y Benjamín encontramos los vacíos de un ser olvidado en la lógica del pensar moderno. Porque esta lógica pierde de vista a un ser que se encuentra inmerso en la realidad, entendido y comprendido como parte de su propio pensar, de una construcción lingüística y vivencial con los

⁸ *Ibid.*

⁹ Benjamín, “Tesis de filosofía de la historia”, 178.

otros. A partir de esto, la razón sufre la fractura epistémica concretada en el debilitamiento y disolución del sujeto, por lo cual a la crítica a esta racionalidad amnésica se le acusa de perseguir una objetivización científico-técnica acorde con una lógica racionalista del orden del conocimiento y de la instrumentalización, no con una verdadera razón redentora de la condición humana marginada; una lógica para la cual "todo es reproducible, hasta el hombre mismo: cada vez más es su propio experimento y cada vez menos su propia memoria"¹⁰.

Desde los elementos que aportan estos autores, junto con Horkheimer, Adorno, Reyes Mate, Metz y otros más, se hace un camino hermenéutico desde el revés de la historia, distinto de la lógica racional con que se construye la Modernidad. El nuevo proceder tiene en su estatuto epistémico la clave anamnética, clave preponderante no solo para el pensar y quehacer filosófico, sino también para la reconstrucción del significado de la teología; procede de una tradición judeo-cristiana de clamores y aflicciones de un pueblo (Ex 2,23-25), de la verdad de una cruz de la que colgó Cristo (2Co 12,1ss.), del deseo de una víctima que solo reclama perdón para los hombres (Lc 23,34) a pesar de estar herido profundamente por nuestros pecados y de ser abandonado a la contingencia humana propia.

Sin embargo, su cruz trae un nuevo sentido capaz de establecer filiación entre los hombres, de resignificar y renovar todo. Desde este *logos*, verbo de Dios, misterio pascual cristiano, se desvela un paisaje de injusticias, pobreza, violencias y olvidos de pueblos victimizados políticamente, de sufrientes y de desesperanzados sin ninguna buena nueva.

Los rasgos propios de la memoria sobre el hombre, en especial, de una hermenéutica teológica de la anamnesis

En lo que respecta al segundo problema del quehacer teológico, en cuanto hermenéutica anamnética, no procede del pensamiento racionalista instrumental de la Modernidad. Antes bien, hunde sus raíces en la tradición judeo-cristiana y desde ahí devela las ideologías que adormecen la conciencia en el dulce sueño de la racionalidad historicista y evolucionista del tiempo, concebido como tiempo lineal y uniforme;

¹⁰ *Ibid.*, 67.

tiempo tendido al futuro y fundamentado desde el concepto de la lógica racional moderna, el cual no escapa del revés bárbaro y catastrófico que arrastra consigo. Prueba de ello es la *Shoah*, u Holocausto judío.

Aunque no ha sido aceptado por muchos pensadores, la Modernidad es una época identificada con el fulgor de una evolución de la mentalidad científico-técnica y de una razón humana iluminada, pero también es entendida por otros como época de decaimiento que da paso a la deshumanización, en la que se aumenta la destrucción total y se empobrece el desarrollo moral y espiritual, como época en que surgen nuevas formas de crucifixión y muerte.

No obstante, la hermenéutica anamnética que nos pone en un camino epistémico cuya preocupación fundamental es la memoria de quienes han padecido los sufrimientos, dadas las exigencias del designio de los tiempos, nos refleja un devenir de hombres y mujeres olvidados a su suerte, sufrimiento, dolor y pobreza. La teología, originada en la fe cristiana —*que es fe en un Crucificado*¹¹— a partir de la memoria, no se reduce a una comprensión racionalista del misterio y de la manifestación salvífica de Dios, sino es memoria de una pasión, de un Cristo juzgado por quienes escriben la historia y borran de ella a quienes obstaculizan toda dominación.

En este sentido, la teología es saber que bebe de la memoria de las Sagradas Escrituras, que rememora las situaciones de sufrimiento, dolor e injusticias padecidas por Israel y por Cristo. De esta manera, nuestro contexto histórico, social, realidad de sentido existencial y experiencia de fe, al ser confrontados con la lectura de los textos bíblicos, nos ponen en posición de interlocución respecto de relatos que interrogan nuestro hacer, devenir humano y creyente. Así, la vuelta a los textos bíblicos desde esta perspectiva —como afirma A. Parra— hace que nuestras tradiciones antiguas nos arrojen nuevas luces sobre los nuevos hechos. "De esta manera, los nuevos hechos históricos y las exigencias de nuevas comprensiones, sentidos y síntesis se convierten en parámetros hermenéuticos"¹².

Así, no es en lo especulativo o en el historicismo donde se intenta la reproducción de modelos históricos, como *memoria de las cosas*

¹¹ Parra, *Textos, contextos y pretextos. Teología fundamental*, 150-152.

¹² *Ibid.*

sucesidas. Hoy se hace insostenible una teología incrustada en una dinámica circular mítica que conduce inevitablemente a un dogmatismo textual, del cual asegura A. Parra: "La historia quedó aprisionada por el texto; el texto fue identificado con la tradición; y la tradición fue convertida en doctrinas normativas antiguas para ser sabidas y aplicadas siempre y en toda circunstancia"¹³.

Una hermenéutica anamnética señala nuevos senderos y horizontes teológicos. La vuelta a la *anamnesis* nos hace ver, en los sufrimientos y en el dolor humano, una negación real de todo progreso, ya que hay en ello una doble preocupación: la primera corresponde a las razones del contexto social en que vivimos los hombres y mujeres de nuestro tiempo, y la segunda, al carácter propiamente epistémico de la memoria, ampliamente significativa para la reconstrucción del sentido social, pero fundamental en el ámbito de la teología.

Se trata entonces de interpretar el tiempo dominado por la barbarie y la catástrofe, dinámica funcional del antirreino, manifestación que opaca el designio de Dios, quien no desea que ninguno de sus hijos se pierda, sino que tengan vida (Jn 3,16). La memoria nos abre el camino a la esperanza, que alimenta el quehacer teológico y el recuerdo vivo de un acontecer liberador de Dios, el cual siempre preguntará por "desde dónde" y "quién" debe emprenderlo.

Este retomar las raíces más hondas del pasado y buscar la verdad en él evita caer en un tiempo adormecedor producido por las estructuras del conocimiento y poder generadas en cada época, utilizadas en ocasiones para legitimar las condiciones del mundo y su devenir. Así, la teología, en cuanto hermenéutica anamnética, cumple la tarea permanente de escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos, de tal modo que se pueda responder, de manera adecuada, a los interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la existencia misma en su ahí y ahora. "De ahí la necesidad de conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que lo caracteriza..."¹⁴.

¹³ *Ibid.*, 21-23.

¹⁴ Concilio Vaticano II, *Constitución Gadium et spes* 4.

En tal sentido, Metz señala que conviene que la teología cristiana de hoy no permanezca en un "*Corpus christianum* del Medievo"¹⁵, es decir, aislada espiritual y socialmente del mundo secularizado. Tampoco se trata de un alejamiento de los procesos del mundo tecnificado y pluralista, *refugiada en los portentosos muros apologistas*. Hoy, una vez proclamada la libertad, la igualdad para todos y la fraternidad, se ha sucumbido al más acérrimo de los pragmatismos —el económico—, que excluye y destroza a los no reconocidos como formalmente iguales; que incrementa la fiera de las economías locales por la lógica del mercado, el intercambio y la competencia mundial entre países primer y tercermundistas; que amenaza la destrucción de culturas enteras a causa de la guerra contra "el terrorismo"; que pretende globalizar un estilo de vida y una cultura, que se valida y legitima desde el anuncio de relatos universales y los símbolos de la civilización. Los aportes y elementos renovadores de una teología los encontramos justamente en la "memoria peligrosa" de quienes han padecido el peso de los mitos de progreso.

EL MODO COMO OPERA LA HERMENÉUTICA ANAMNÉTICA: LA RIQUEZA DE LA TRADICIÓN BÍBLICA

A partir de lo anterior podemos preguntarnos por qué recurrir a la tradición bíblica y no a los campos de la teología relacionados con la sistemática y la pastoral. Sin detrimento de estas, la teología bíblica permite revisar y resignificar las promesas de Dios, quien no legitima los mitos que justifican el sufrimiento humano.

El éxodo mismo es la prueba fehaciente que Dios no está ciego ante el sufrimiento (Ex 3,7-10). Él responde a los sufrimientos de su pueblo, escucha sus quejas, ve los maltratos de los capataces egipcios. Es Dios quien ha estado en la memoria de Israel, el interpelado, el acusado y a quien se exige una respuesta ante el sufrimiento. Por eso,

...plantearse hoy la pregunta por Dios dentro de la tradición del monoteísmo judeo-cristiano significa heredar la pregunta que nace de las experiencias de sufrimiento; significa reconocer no solo el poder y la bondad de Dios, sino también la autoridad de los sufrientes y la verdad de sus experiencias. Esto solo es posible si el discurso

¹⁵ Metz, *Por una cultura de la memoria*, 19.

sobre Dios no es una mera idea, que mostraría entonces aquella contradicción formal sobre las que las teodiceas concentraron especialmente sus esfuerzos, sino una experiencia que proviene de la realidad y que puede ser rebatida por experiencias opuestas.¹⁶

En la raíz de esta tradición se desenmascaran los discursos dominantes que llevan a la negación o muerte total del ser humano, de su historia, de su lenguaje, de su verdad y de su memoria. Es así como una teología, a partir de la remembranza de Dios y del sufrimiento humano, restablece el carácter de sujeto en cuanto rememoración misma de Dios. Es un lamento que clama a Dios y exige el recuerdo de quien sufre, clamor que brota del dolor para convertirse en lenguaje de sufrimiento y en oración que interpela la acción misma de Dios. "El clamor de los israelitas ha llegado hasta mí y he visto además la opresión con que los egipcios los oprimen" (Ex 3,9).

Precisamente, dicho clamor cumple en este sentido una tarea que, por un lado, apela a lo político, y por otro, a lo existencial. Desde lo segundo cobra sentido, en el horizonte de la teología vista como autobiografía, como narrativa propia, tal como sucede en San Agustín, para quien la memoria aparece descrita en los siguientes términos:

...el aula inmensa en la que el hombre registra sensaciones, impresiones, se registra a sí mismo, registra el recuerdo de todo lo experimentado o creído, la trama del pasado que se entreteje con el porvenir, los hechos, los acontecimientos y las esperanzas en sus posibilidades de ser pensadas y repensadas como si fuesen presentes.¹⁷

Más aun, asegura F. Montès de Oca:

La memoria en San Agustín no es propiamente una actividad del espíritu, sino un receptáculo de orden espiritual donde se conserva el fruto de sus actividades anteriores y donde se preparan las actividades futuras, es la condición, mucho más que el medio, de la conciencia del mundo, de la imaginación creadora, de la conciencia de sí y hasta de la presencia de Dios. Es el espejo del espíritu, donde se refleja en la totalidad de su experiencia, donde encuentra al mundo y a Dios, al propio tiempo que su propia subjetividad.¹⁸

¹⁶ Zamora, "El Dios bíblico y las víctimas de la historia", 32.

¹⁷ San Agustín, *Confesiones*, 203.

¹⁸ *Ibid.*, 218.

Sin embargo, la memoria no se reduce al plano de intrincados de la conciencia, sino son las injusticias y el dolor los que no dejan consolar a Israel, y mucho menos a los hombres de cada época. Son los nuevos lugares de crucifixión y muerte los que no dejan que cada creyente se conforme, en su conciencia, con las situaciones del mundo presente. Ante ello la Iglesia ha de entenderse por "universal", no en cuanto ha sido denominada "católica" sino por su solidaridad y compromiso con el dolor. Así, "peregrinos todavía sobre la tierra, siguiendo sus huellas en el sufrimiento o en la persecución, nos unimos a sus dolores como el cuerpo a la cabeza, padeciendo con él, para con él ser glorificados"¹⁹.

La tradición bíblica nos pone en contacto continuamente con las promesas de lo nuevo y de la esperanza (Ap 21,1-5); pero esta esperanza del futuro venida de la tradición bíblica no niega el pasado, sino confirma que Cristo ha vencido la muerte y que su resurrección abre un sentido nuevo para la historia. Con su muerte y resurrección Cristo salva y redime lo que había sido condenado, negado y olvidado por nosotros. La resurrección trae consigo lo nuevo en cuanto crea sentidos inéditos para las víctimas de la historia desgarrada por la destrucción y la muerte. Como asegura J. Moltmann, la resurrección "no es un opio de ultratumba que entretiene con vanas promesas, sino la fuerza que permite que esta vida renazca"²⁰.

Si la violencia económica y política que destroza y pone en peligro la vida humana en nuestro contexto se ha fundamentado en la lógica y conocimiento del orden económico y social —que no es otro que el de la tradición que une a los vencedores de ayer y de hoy—, es claro que se requiere un quehacer teológico. Cabe resaltar su conexión profunda con las raíces de la tradición bíblica, capaz de develar y denunciar los sistemas productores de injusticias y de víctimas.

Partir, entonces, de la riqueza de la tradición bíblica que hace memoria del Dios débil y sufriente hace que repensemos la idea del tiempo rectilíneo, utopía idolátrica de la Modernidad fundada en una idea de evolucionista y lineal del futuro sin pasado y sin irrupción espe-

¹⁹ Concilio Vaticano II, *Constitución Lumen gentium* 7.

²⁰ Moltmann, *Cristo para nosotros hoy*, 70.

ranzadora, matiz de una lógica progresista de la historia que configura la política y sus ajustes ideológicos desde los nuevos *mesías* prometidos.

La memoria peligrosa del Dios mesiánico, que surge con la tradición bíblica, tiene como pretensión la universalidad que se funda en el hambre y la sed de justicia para todos los seres vivos y muertos en cuanto se redime y se salva, pues ella reaviva la esperanza de la justicia para todos y no solo para elite social.

HERMENÉUTICA DE LA ANAMNESIS DE CRISTO, LA ESPERANZA DE UN FUTURO ABIERTO

En este apartado nos encontramos con proyectos contemporáneos de ídoles distintas y plurales. De esta manera, ante las grandes narraciones occidentales, hoy se han fortalecido las pequeñas narraciones personalizadas que dan razón de la vida cotidiana, autoafirmativos de la individualidad que particularizan las situaciones contextuales. En el análisis fenomenológico que Equiza²¹ hace sobre estos cambios se evidencia el fracaso de los grandes relatos que, en su pretendida negación de Dios a partir de otorgar sentido absoluto a la historia, sucumben en la legitimación de la inhumanidad y la barbarie. Afirma al respecto que se despreció lo personal, lo peculiar, en aras de la uniformidad y se impuso el Estado prepotente y violento.

No sin razón existe en la actualidad una contestación "posmoderna", una explosión y retorno ante lo religioso. Para los representantes de esta contestación, dicho retorno se lee como la vuelta a lo plural, a lo distinto, a los dioses. Tal situación hace que emerja, en el quehacer de la filosofía y de la teología, una preocupación por el relativismo epistemológico manifestado en la preocupación por el lugar de la verdad, la pérdida de confianza en la razón y la pretensión de reducir el cristianismo a un proceso histórico-cultural²². En documentos eclesiales de las últimas décadas se intentan recordar directrices, ampliamente argumentadas, sobre el olvido de la verdad, los lineamientos éticos, sociales, políticos, y aún más, teológicos y eclesiales²³.

²¹ Equiza, "Postmodernidad, secularización y fe cristiana", 139-155.

²² Bonete, "Los olvidos de la filosofía y la memoria de la teología".

²³ *Ibid.*, 1.

Si la crítica de los críticos ilustrados a la religión estaba fundada en la consideración de que esta no pasa de ser una "proyección en el más allá de los problemas no resueltos en el más acá"²⁴, y si además *la religión es la expresión de la miseria real* —parafraseando a Marx— también es cierto que la teología no debe quedarse en el ámbito de lo privado, en una interpretación existencialista, trascendental y personalista de las promesas bíblicas y del discurso de Dios²⁵. La teología trasciende, a partir de la memoria, los portentosos muros racionalistas y positivistas que la consideran incapaz de reclamar y argumentar públicamente desde un clamor del pasado venido de la cruz.

De esta memoria bebe la teología política de Metz, adjetivación no tan nueva pero distinta de la teología política de Carl Schmitt, cuya noción se argumentaba a partir de la hipótesis de un hombre "bueno por naturaleza" y "malo por naturaleza". Metz, quien va más allá de las intenciones schmittianas, del deseo de fundar una parcela nueva del quehacer teológico, para sacralizar la política y elevar los relatos de dominadores de la historia, procura que este discurso de la teología sea discurso sobre Dios fundado en la "memoria" de la tradición religiosa judeo-cristiana²⁶. Esta es una hermenéutica teológica que puede ampliar y superar las dificultades de la atemporalidad y falta de actualidad de la teología.

El camino trazado por Metz en la teología católica cristiana, por Rosenzweig y Benjamín en el pensamiento judío, y por otros pensadores como Ricoeur o Reyes Mate²⁷, presenta un interés por la memoria que expresa precisamente esa mediación entre razón e historia y las articulaciones de los rasgos fundamentales de la filosofía griega y de la tradición del pensamiento judeo-cristiano.

Además, se puede decir que la teología de la liberación bebe también de la teología política, como crítica a la catástrofe progresista productora de sufrimiento en nuestro contexto particular latinoamericano. Surge así la preocupación y reflexión de teólogos como Gustavo

²⁴ Mate, *Medianoche de la historia*, 35.

²⁵ Sánchez, "Teología política en los límites de la Modernidad".

²⁶ *Ibid.*

²⁷ Al respecto podemos nombrar a Heidegger, Horkheimer, Adorno, Marcuse, Molinmann, Primo Levi y Zamora.

Gutiérrez²⁸, Leonardo Boff²⁹ y Jon Sobrino³⁰, quienes desde su denuncia nos ponen frente a los nuevos lugares de crucifixión y muerte que padece el hombre latinoamericano, cruz de la que ha de liberarse.

De esta manera, la teología desde la anamnesis se convierte en *concepto emergente*, proceso de conversión frente a las situaciones de marginación, explotación y exclusión; a las situaciones de la violencia sistemática que evoca la catástrofe y tragedia nacional que vivimos, de lugares abandonados y olvidados por los gobiernos y estados de nuestro continente, hechos que se han convertido en el continuo anuncio de un futuro oscuro para nuestra humanidad.

DESAFÍOS DEL QUEHACER TEOLOGICO ANAMNÉTICO EN NUESTRO CONTEXTO

Por último y frente a los actuales desafíos, se puede afirmar que para la teología de hoy es imperioso dejar el letargo adormecedor en que vive nuestra sociedad entretenida y conforme ante las nuevas formas de violencia y guerra. Ella, cual lámpara encendida, ha de convertirse en luz disipadora de las tinieblas de una realidad enrarecida por las nuevas estructuras económicas de empobrecimiento y la globalización de la pobreza.

Además, la teología enfrenta el desafío de develar los nuevos absolutismos dominadores de la totalidad de la vida, en los cuales la existencia se diluye o se margina, principalmente la de quienes no pertenecen al sistema, no aparecen en los registros de bases de datos o no se hallan vinculados al círculo de compradores, ni hacen parte de elites de poder que privilegian a grupos reducidos, como si se tratara de una nueva raza. En tal sentido, existimos en los anales bancarios, en los archivos institucionales y en los registros historiográficos al ser contados entre los datos estadísticos y matemáticos que sostienen el sistema.

Entonces, ha de conformarse la teología con la muerte hermenéutica de cada ser, con el olvido de quienes no hacen parte de tales estructuras o viven al margen de ellas, quienes —como afirma Mate—

²⁸ Gutiérrez, *La verdad los hará libres*, 246.

²⁹ Boff, *¿Cómo predicar la cruz en una sociedad de crucificados?*

³⁰ Sobrino, *La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas*, 14-17.

“han sido abandonados en la cuneta de la historia”³¹. Es evidente que el desafío fundamental de la teología es hacer memoria de las víctimas, de la historia de injusticias y de los nuevos sistemas victimarios que no reconocen al otro. Para ello se necesita una hermenéutica teológica de la anamnesis, que crea en el anuncio de las promesas y de las esperanzas una vez se ha peinado a contrapelo la historia, como señala W. Benjamin.

En la actualidad es claro que nuestro conocimiento de la historia es un conocimiento parcial, pues solo estamos informados por quienes analizan e interpretan el devenir histórico desde una perspectiva positiva. Sin embargo, la teología negativa requiere de un viraje epistémico a partir del conocimiento de quienes han sido silenciados. Ellos nos muestran el reverso de la historia desde experiencias con matices distintos, ya que ellos mismos son y se convierten en testigos de la barbarie, en intérpretes de la historia de desgracias vividas y padecidas; como muestra Primo Levi, en su obra *Si esto es un hombre*, hacer memoria nos obliga a no olvidar:

*Los que vivís seguros
en vuestras casas caldeadas,
los que os encontráis, al volver por la tarde,
la comida caliente y los rostros amigos:
Considerad si es un hombre
quien trabaja en el fango,
quien no conoce la paz,
quien lucha por la mitad de un panecillo,
quien muere por un sí o por un no.
Considerad si es una mujer
quien no tiene cabellos ni nombre,
ni fuerzas para recordarlo,
vacía la mirada y frío el regazo
como una rana invernal.
Pensad que esto ha sucedido:
Os encomiendo estas palabras.
Grabañas en vuestros corazones.
Al estar en casa, al ir por la calle,
al acostaros, al levantaros;
repetídselas a vuestros hijos.*

³¹ Mate, *Medianoche de la historia*.

O que vuestra casa se derrumbe,
la enfermedad os imposibilite,
Vuestros descendientes os vuelvan el rostro.³²

La teología que bebe de la tradición judeo-cristiana sabe muy bien que la rememoración de lo acaecido tiene también el objeto de la liberación, de la redención y de la salvación. De esta manera, el pasado no se concibe como aplastamiento y fracaso, sino como posibilidad de irrupción y realización. En el credo histórico de Israel, por ejemplo, cada judío se conoce y reconoce, construye su identidad, se lanza al futuro y aviva la esperanza en que Dios extienda su brazo para salvarlo:

Tú continuarás diciendo ante el Señor, tu Dios:

Mi padre era un arameo errante, que bajó a Egipto, donde moró con unos pocos hombres; pero llegó a ser allí una nación grande, fuerte y numerosa. Luego los egipcios nos maltrataron, nos humillaron y nos impusieron una servidumbre durísima. Entonces clamamos al Señor, Dios de nuestros padres. El Señor oyó nuestro clamor y se fijó en nuestra miseria, nuestra fatiga y nuestra opresión. Y el Señor nos sacó de Egipto con mano poderosa y brazo extendido, en medio de gran terror, señales y prodigios. Y nos condujo a este lugar y nos ha dado esta tierra, una tierra que mana leche y miel. Así que ahora he traído las primicias de los frutos del suelo que me ha dado el Señor. (Dt 26,5-10)

Si antes se llegó a considerar que la hermenéutica reducía su ejercicio en interpretar los textos, lo que nos enseña la tradición bíblica es que, haciendo memoria de la vida, de la existencia como quien interpreta un texto, se hace relevancia de los no hechos. "Por eso se dice que memoria y justicia son sinónimos, como también lo son olvido e injusticia. Si hubiera que resumir en cuatro palabras la memoria serían estas: 'Que nada se pierda'"³³.

Es en la pregunta por el sufrimiento humano en donde debemos continuamente hacer revisión de las visiones cristológicas de nuestro cristianismo, pues, tal pregunta también nos permite interrogarnos por defensa de los derechos y de la justicia negada. Desde la perspectiva del sufrimiento cobra su relevancia y se entienden los

³² Primo Levi, "Si esto es un hombre".

³³ Mate, *Memoria de Auschwitz*, 126.

dolores de Cristo en la cruz, no ya exacerbando la violencia y brutalidad sanguinaria de la crucifixión de Jesús, sino rememorando una cruz que evidencia y devela las estructuras injustas que crucifican, no a partir de la estatización romántica de los sufrimientos de Cristo, sino viendo que la fe en el Crucificado es "un testimonio público de la justicia y la paz de Dios en este mundo violento"³⁴.

La preocupación de esta perspectiva hermenéutica también recaba en las cristologías unívocistas de la resurrección sin escatología alguna; cristologías de la glorificación de una historia victoriosa y de dominio, proclamadora de la parúsia sin redención, de un juicio final de la totalidad histórica sin historia de las víctimas y sin esperanza para quienes sufren. No se trata, por tanto, del logro de un final feliz de la *historia del mundo*, como afirma Moltmann; se trata de que, "en los momentos en que amenaza el riesgo de muerte, los relatos sagrados de la Biblia hablan para despertar la esperanza allí donde no hay nada que esperar"³⁵.

En otras palabras, una respuesta a los desafíos del quehacer teológico en perspectiva anamnética requiere la realización de un giro epistémico continuo que se haga consciente de la existencia afectada, golpeada, dolorida y no de la idea o la imagen conceptual preestablecida de una verdad única, exclusiva y lógica que entabla un orden o el punto de vista de quienes han escrito la historia.

En el reverso, en lo no conocido, lo no pensado, lo desechado, o en el dolor y en la afección encontramos precisamente la *piedra angular* para reconstruir y recomponer el devenir histórico. Por eso, "si lo que queremos es profundizar en el conocimiento de la historia"³⁶ o, mejor, "que nada se pierda", hay que cepillar la historia a contrapelo, es decir, atender lo despreciado por los archivos canónicos de la historia, "mirar al otro lado del espejo, fijarnos en el lado oculto de la realidad"³⁷.

En los ámbitos propiamente disciplinares, igualmente, este giro se extiende al plano de las áreas de la teología sistemática, a la teología de la acción humana, a las perspectivas de la teología pública

³⁴ Moltmann, *La justicia crea futuro*, 44.

³⁵ *Ibíd.*, 59.

³⁶ Mate, *Memoria de Auschwitz*, 141.

³⁷ *Ibíd.*

y a la teología aplicada³⁸. A nivel del diálogo interdisciplinar se requiere del horizonte cultural que exige la concreción de una jurisprudencia deslegitimadora de la violencia, como también el empeño por el logro de la verdad, el perdón, la reconciliación y de la paz.

Si la imagen cristiana del hombre languidece en la perspectiva burguesa de la teología, el giro epistémico, cuyo rasgo esencial es la anamnesis, se hace desde la liberación de los oprimidos, la espera de una nueva cultura de la solidaridad, la superación de la privatización del cristianismo, de su particularización y posterior conversión en religión aburguesada, hacia la memoria de quienes sufren. Esta perspectiva hermenéutica lo entiende así:

...predicar la cruz y la muerte significa invitar a este amor profundo y revolucionario de identificación con los que sufren, a unirse a estos en su lucha contra los mecanismos generadores de cruces. Por nuestra parte no debemos predicar la cruz y la muerte de tal manera que resulten exaltadas por sí mismas; la situación de los siervos sufrientes no nos invita ante todo a la contemplación, sino a la acción liberadora. El que pasa hambre grita: "¡Quiero vivir!" Y nuestro gesto ha de ser solidaridad, creador de condiciones para todos.³⁹

Se trata, en últimas, de romper con las estructuras de justificación de la violencia y de la cultura de muerte en nombre del progreso, pero también de romper con las violencias procedentes de los excesos de memoria o de olvidos que tienden a establecer la repetición de las violencias pasadas, por parte de quienes intercambian responsabilidades al justificar su accionar. Se trata, además, de reconocer, en lo plural y diverso, la constitución identitaria y la vivencia particular. A partir de esto, pensar el dolor y solidarizarse con él nos permite enjugar las lágrimas de quienes no han logrado reconciliarse con el trasegar de este mundo y con la historia. Sin embargo, el desafío mayor reside en

³⁸ Junto con Carlos Angarita, Oscar Arango y Julio Ariza, bajo la coordinación de Hans De Wit (Universidad Libre de Ámsterdam), se llevó a cabo una investigación que recoge esta preocupación. En dicho estudio se hizo un acercamiento a la situación de algunas víctimas en diferentes lugares del país, como Tierralta (Córdoba), San Pablo (Bolívar) y Barrancabermeja (Santander). Sin duda, sus resultados tienen un carácter interpretativo-anamnético. Para ello, véanse los libros *Teología del principio misericordia* (2004), *Lectura intercultural de la Biblia en contextos de impunidad* (2013) y *La constitución del ser humano como sujeto* (2016).

³⁹ Boff, *Teología desde el lugar del pobre*, 134.

que reine Dios, quien hace todas las cosas nuevas y espera que los hombres de todas las razas, pueblos o colores participen en la nueva creación que comienza con Cristo.

CONCLUSIÓN

Es claro que la preocupación de la teoría crítica por el curso de la historia y la transformación de la misma y de la teología negativa orientada por la restauración del recuerdo de la cruz, del Crucificado y del que sufre, cambia el sentido de la racionalidad. Se trata de un viraje hermenéutico interesado en ahondar en los escenarios de sufrimiento, como el de la *Shoah* u Holocausto, producidos por las guerras mundiales del siglo pasado.

En el caso de la teología negativa, ella nos remite a los olvidos presentes en la reflexión teológica sin sujetos. Nos recuerda las situaciones vigentes de pueblos oprimidos y desplazados, de justos que cuelgan del madero, de viudas que claman ante el oído sordo de quienes imparten la justicia y de hijos borrados por causa de la desaparición violenta.

La hermenéutica teológica anamnética inspirada —precisamente— en la cruz y en el Crucificado, en las víctimas de la historia y en los nuevos lugares de crucifixión, ha de superar el agotamiento de un lenguaje religioso y del discurso teológico que se empobrece y decae frente a la existencia oprimida y ante la anunciada muerte de Dios; y ello se ha constituido en proclama del olvido y en nuestra propia muerte, producida por los sistemas introducidos por este devenir y por la cultura amnésica.

Si el pasado frustrado, rechazado por la pretensión de extender linealmente el presente, hace que la teología pierda el clamor de la esperanza para quienes sufren, ella no puede quedarse en el encubrimiento del dolor y en acallamiento del sufrimiento. Por el contrario, ha de rememorar y alimentar las esperanzas, pues en este quehacer se fundamenta el reclamo del derecho de los vivos, tal como lo recuerda Pablo: "...y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe" (1Co 15,14).

Porque la cruz que apareció como maldición para Cristo se ha convertido en símbolo de una razón esperanzadora, y a partir de esta memoria de la cruz se abre para el creyente una espiritualidad

sensible y consciente del recuerdo y del sufrimiento. La espiritualidad nacida de esta cruz y del Crucificado hace consciente que las estructuras de dominio se han convertido en estructuras sociales de pecado al reproducir la amnesia cultural, el olvido de hombres y mujeres que cuelgan de la cruz. Así, las injusticias legitimadoras de la opresión y el empobrecimiento se oponen claramente al anuncio del Evangelio, sin cruz y sin Cristo.

Desde esta perspectiva, común tanto para el pensamiento judío (a partir de Auschwitz) como para la hermenéutica anamnética de la teología, se trata entonces de pensar y abrir nuestros ojos ante el panorama de clamores por causa de las hambrunas, los conflictos, las violencias y las guerras de nuestro tiempo presente. Esta tarea requiere y exige el anuncio del misterio pascual cristiano fundado en la esperanza de un mundo mejor, en el que no se desatienda el riesgo de nuestra propia barbarie, dado que al reclamar el derecho de las víctimas estamos también velando por los vivos del presente y por las generaciones futuras.

Capítulo 5

HERMENÉUTICA SAPIENCIAL

Hontanar de la racionalidad teológica*

José Orlando Reyes Fonseca**

La univocidad del término ciencia se confina hoy en las márgenes, importantes pero estrechas, del interés del conocimiento ligado al análisis y comprobación del fenómeno natural. El fenómeno humano propio de las ciencias del espíritu y el fenómeno social propio de las ciencias emancipadoras parecen retroceder, ya que el ser humano sucumbe por momentos a los diseños hegemónicos de la tecno-ciencia proveniente de la razón cientista.

Esta razón durante los siglos XIX y XX intensificó la racionalización de todo pensar y de todo el conjunto de la sociedad y desembocó en la pronta difusión de "la cosificación y funcionalización de las formas de trato y formas de vida, así como de la auto-comprensión objetivista de la ciencia y de la técnica"¹.

Esta fuerza perduró incontrolada en las primeras décadas del siglo XXI, no sin que contentos con urgentes modos de revisión del estatuto general del conocimiento, pese a todos los repliegues y atrincheramientos del saber hegemónico frente a las racionalidades

* El presente capítulo recoge planteamientos expuestos en la tesis doctoral del autor, publicada por la Pontificia Universidad Javeriana bajo el título *La racionalidad sapiencial en el estatuto del conocimiento teológico* (2016).

** Doctor, Magister, Licenciado y profesional en Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá; Magister en Educación, Pontificia Universidad Javeriana; Especialista en Docencia Universitaria, Universidad del Bosque, Bogotá. Profesor del Centro de Formación Teológica e investigador miembro del grupo Didaskalia de la Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana. Correo electrónico: jose.reyes@javeriana.edu.co

¹ Habermas, *Pensamiento postmetafísico*, 44.